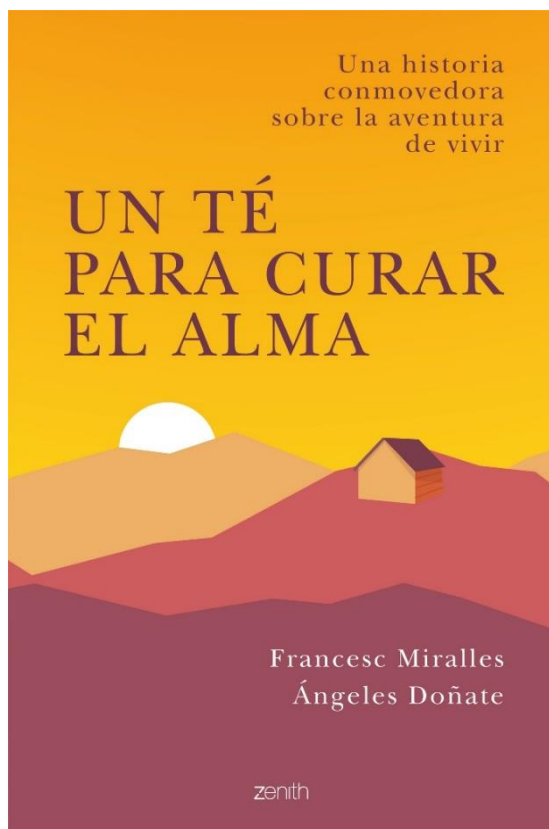


UN TÉ PARA CURAR EL ALMA

Una historia conmovedora sobre la aventura de vivir

FRANCESC MIRALLES
ÁNGELES DOÑATE



Kosei-San vive su jubilación en una modesta y solitaria cabaña al borde de un acantilado en las Rocosas californianas. El anciano japonés no descansa: vigila las rocas barridas por el viento, ya que es el lugar elegido por muchos suicidas para arrojar al otro lado de la vida. Cuando descubre a alguien caminando melancólicamente, sin cámara ni guía, hasta el borde del abismo, sale raudo a su encuentro. Habla con la persona y le ruega que comparta un té en su cabaña. A través de esta ceremonia, el viejo le calienta el ánimo mientras busca una salida que le permita reconciliarse con la vida. Kosei-San, además, guarda un secreto que le ha permitido saber que la existencia regala segundas y terceras oportunidades.

***Un té para curar el alma* es un relato lleno de sensibilidad y sabiduría que nos recuerda el valor de la vida.**

«—Me gustaría conocer alguna de estas historias... ¿Cómo puede alguien que ha perdido la esperanza volver a amar la vida?»

—¿De verdad quieres saberlo? —me preguntó con expresión pícaro.

—De otro modo no te lo pediría.

Kosei-San agitó suavemente la cabeza pelada mientras levantaba la tetera del hornillo para volver a llenar las tazas.

—Entonces escucha bien...»

FRANCESC MIRALLES

Gran enamorado de Japón, sus novelas han sido publicadas en todo el mundo. Ha escrito junto a Héctor García el bestseller *Ikigai*, traducido a 60 idiomas, alcanzando las listas de los más vendidos en Estados Unidos, Reino Unido, Holanda, Turquía e India, donde fue el ensayo más vendido del año.

ÁNGELES DOÑATE

Periodista de profesión y con experiencia en el mundo de la acción social, ha publicado las novelas *El alma de la radio* y *El invierno que tomamos cartas en el asunto*, traducida a una decena de idiomas y con gran éxito en Italia y Alemania. Su última novela fue *El último vagón*, traducida ya a tres idiomas.

SUMARIO

1. Un misterio dentro de otro misterio
 2. La última mano
 3. El hombre del abismo
 4. La aldea fantasma
 5. Al filo
 6. El templo del cielo
 7. La compasión
 8. Salvar al caminante futuro
 9. Luz
 10. Los dos regalos
 11. El pequeño museo de los recuerdos
 12. El té amargo del fracaso
 13. Un astronauta en la Tierra
 14. El polizón
 15. Más allá de ninguna parte
 16. Los quitapenas
 17. Caminos divergentes
 18. La canción del abismo
 19. Un vaso de leche
 20. El mensaje de Buda
 21. Secretos al viento
 22. En el país de las máscaras
 23. El vigilante del paraíso
 24. Pasos de baile para dos
 25. Serpiente y estrellas
 26. Un reino devastado
 27. El asentamiento
 28. Lo que quieres y lo que necesitas
 29. Los caminos perdidos del amor
 30. Últimos rastros
 31. Cosas de familia
 32. Tres razones para seguir viviendo
 33. Montar y desmontar
 34. La chica del amanecer
 35. Alguien tendrá que hacerlo
 36. ¿Y si...?
 37. Demasiado tarde
 38. Una segunda oportunidad
 39. El hombre sin misión
 40. Solo ahora y nunca más que ahora
 41. Secretos al fin revelados
- Epílogo

CAPÍTULO 1: UN MISTERIO DENTRO DE OTRO MISTERIO

«La tarde que creía que todo había terminado, no imaginaba que mi vida estaba a punto de empezar.

Acababa de enterrar a mi hermano y conducía por una carretera desierta. En el asiento de atrás llevaba la urna con sus cenizas.

No había dejado testamento, pero en un diario escrito dos años antes mencionaba que, si un día se apeaba del tren de la vida, deseaba que sus cenizas fueran esparcidas junto a una cabaña al pie del monte Moran, en las Rocosas. Según confesaba en ese cuaderno que ahora estaba en manos de la policía científica, allí había conocido los únicos días de “felicidad a prueba de dudas”, en sus propias palabras. Más allá de la belleza del lugar, al parecer, la responsable de aquel oasis de luz en su alma sombría respondía al nombre de Eileen.

Nunca me había hablado de ella, aunque Jonathan tampoco era un dechado de elocuencia. Las pocas veces que le había visto en los últimos años estaba siempre ensimismado, como si viviera exiliado en un país interior del que le fuera imposible salir.

Eso mientras vivía.

Miré por el retrovisor la urna de latón chapado en plata con la inscripción que se me había ocurrido, tras insistirme el empleado de la funeraria en que el precio incluía una dedicatoria grabada.

*Querido hermano,
Siempre fuiste un misterio para mí,
y ahora que te marchas al mayor de los enigmas,
eres un misterio dentro de otro misterio.
Te echaré mucho de menos,
Toni*

El empleado había fruncido el ceño al leer aquello. Probablemente lo encontraba frío, o una absurdidad en toda regla. En esto último le daba la razón. Dado que las cenizas acabarían en un prado al lado de la cabaña, la urna vacía con aquella inscripción se convertiría en algo carente de sentido, en un recipiente que ya no contiene nada, ni siquiera la memoria del difunto.

Reservado hasta un punto enfermizo, ni siquiera las causas de su muerte habían quedado claras. Según el atestado policial, se había salido de la carretera en una curva a más de cien kilómetros por hora y había acabado chocando con una torre de alta tensión. Jonathan había muerto en el acto.

La autopsia había revelado que no tenía alcohol en la sangre, ni tampoco rastro de estupefacientes. Sin embargo, el hecho de que no llevara puesto el cinturón de seguridad, que le podría haber salvado la vida, hizo pensar a los investigadores que podía tratarse de un suicido encubierto.

Ya nunca se sabría a ciencia cierta. Quedaría como otro misterio de Jonathan. El último.

—Me has arruinado la vida, lo sabes, ¿verdad? —dije, mirando la urna a través del retrovisor—. Podrías haberme pedido ayuda, sabes que te la habría dado. ¿Cuándo te he fallado? Por tu culpa, ahora estoy solo. Mientras una lágrima me resbalaba por la mejilla, imaginé lo que mi hermano habría respondido a eso.

Casi podía escuchar su voz en el interior del Ford Mustang:

—No me culpes de lo que tú mismo no hiciste. ¿Cuándo me llamaste por última vez? Fue por Año Nuevo y desde entonces han pasado seis meses.

—¡No tienes derecho a decirme eso! ¿Por qué tenía que ser yo siempre el que llamara? He estado disponible para ti cada día del mundo... ¿O no pagué de mi bolsillo el depósito para tu apartamento de alquiler? Una cantidad, por cierto, que nunca te he reclamado.

—Dinero... Siempre el dinero como justificación. —Sin duda respondería exactamente eso—. Piensas equivocadamente que, pagando, ya cumples con la vida. Como con papá. Los cuatro mil mensuales de la residencia salieron también de tu bolsillo, pero yo era el único que lo visitaba. Casi no llegas para el entierro.

—No me eches eso en cara, Jonathan, o... —Levanté una mano del volante para limpiarme las lágrimas, que me estaban emborronando la visión—. Bueno, al final de su alzhéimer, papá no se enteraba de nada. La última vez que le visité me preguntó incluso quién era yo.

—Bonita excusa, pero tú sí sabías quién era él, Toni.

Suspiré mientras trataba de mantener la calma en aquella carretera en medio de la desolación. Empezaba a oscurecer y una placa oxidada indicó que la siguiente estación de servicio se hallaba a diez millas.

—Desde que empecé con la agencia de comunicación, me he matado a trabajar, y lo sabes. Gracias a eso te he podido ayudar cuando lo has necesitado, pagué todo el tratamiento de papá y sus deudas al morir...

—Si tan bueno eres, entonces ¿por qué estás solo en el mundo? Tu mujer se largó de casa al año de casaros. Yo siempre he llevado sobre mis hombros el sambenito del hermano problemático, pero ojito con tu vida... Merece una revisión, y de las buenas.

Sonreí al recordar la expresión de gravedad que se le grababa a mi hermano en la cara cuando se ponía serio.

—No me preguntes por qué se fue Karen, porque todavía no lo sé... Cuando la conocí, malvivía en un piso de veinticinco metros cuadrados en San Francisco, compartido con una drogadicta y su marido maltratador. Yo la saqué de ahí, le di un hogar... La liberé incluso de trabajar para que pudiera dedicarse a la pintura, que era su pasión. ¿Qué más esperaba?

—Quizás un poco de tu tiempo, Toni. Cuando regresabas a casa, ¿te interesabas por lo que ella había pintado? ¿Le preguntabas qué había pensado o soñado? Dices que se marchó de un día para otro, casi sin dar explicaciones. ¿Por qué no trataste de saber antes si tenía algún problema?

—Te doy la razón en eso: los últimos años he estado muy liado. Es lo que tiene arrancar un negocio, no puedes perder una sola oportunidad. A veces llegaba tan tarde por la noche que me encontraba a Karen durmiendo, y al día siguiente me levantaba antes de que ella se despertara. Pero para mí eso no justifica que me dejara tirado. Si tenía algún problema, podía llamarme a cualquier hora para contármelo, ¿no? Igual que tú...

—A la gente le cuesta pedir, hermano. Es asombroso que a tus cuarenta años aún no lo hayas descubierto. Sobre todo cuando alguien se muestra tan ocupado como tú. Los demás no quieren molestar, especialmente si te quieren. Por eso callan y se van haciendo pequeños, cada vez más pequeños. Hasta que un día, de un modo u otro, desaparecen.

—Basta ya, Jonathan —dije, agarrando con fuerza el volante para evitar que me temblaran las manos.

—Tú crees que pagando facturas ya te cubres las espaldas, pero la verdad es que abandonaste a tu padre, y luego a tu mujer. Y también me abandonaste a mí.

Antes de que la rabia me hiciera perder el control del vehículo, tomé el desvío hacia la estación de servicio y, lanzando maldiciones a la urna que esperaba en el asiento trasero, aparqué al lado de un *diner* que parecía detenido en el tiempo».

pp. 9-13

Para más información:

Paloma Cordon
934 928 633 - 699629430
pcordon@planeta.es

Guillem Duran
934 928 442
especializadas@colaborador.planeta.es